

El buey adventista



Más otros relatos
de milagros en Rusia

BRADLEY BOOTH

El buey adventista

Más otros relatos de milagros en Rusia

Bradley Booth



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Dedicatoria

El buey adventista

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

Biblias para el desayuno

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Pan del cielo

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

El buey adventista

Más otros relatos de milagros en Rusia

Bradley Booth

Título del original: *The Seventh-Day Ox and Other Miracle Stories From Russia*, Review and Herald Publ. Assn., Hagerstown, MD, EE.UU., 2011.

Dirección: Martha Bibiana Claverie

Traducción: Adriana Itin de Femopase

Diseño de tapa: Andrea Olmedo Nissen

Diseño del interior: Giannina Osorio

Ilustración de tapa: Propiedad de Shutterstock

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. Copyright de la edición original en inglés © 2011 Review and Herald Publ. Assn. Todos los derechos reservados.

© 2013 Asociación Casa Editora Sudamericana. La edición en castellano se publica con permiso de los dueños del Copyright.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-156-8

Booth, Bradley

El buey adventista : Más otros relatos de milagros en Rusia / Bradley Booth. - 1^a ed . - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: online

Traducción de: Adriana Itin de Femopase.

ISBN 978-987-798-156-8

1. Cristianismo. 2. Literatura testimonial. I. Itin de Femopase, Adriana,
trad. II. Título.

CDD 230

Publicado el 30 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Dedicatoria

Este libro está dedicado a los fieles cristianos de Rusia que sacrificaron tanto por la difusión del evangelio, y a las criaturas de Dios, que los ayudaron a hacerlo.

El buey adventista





Capítulo 1

Nickolai Panchuk fijó la vista en las cuatro paredes de la celda que lo rodeaban. El gélido concreto gris lo hacía sentir como atrapado en una tumba, frío, asustado... y solo.

¿Qué pasaría con él? ¿Cuál sería su suerte? Se había negado a cooperar con la KGB hasta ese momento; se había negado a traicionar el paradero de otra incipiente iglesia, que había ayudado a organizar solo un mes antes. No era una iglesia grande, solamente un grupo de creyentes en la ciudad de Kiev, la capital de Ucrania; pero Nickolai **se** había negado a entregar la lista de sus miembros a la KGB.

Y ¿quién lo culparía? El mensaje del evangelio se estaba esparciendo tan rápido que cada pocos meses Nickolai organizaba un nuevo grupo de creyentes. En ese momento, era el pastor de once congregaciones similares.

Los grupos, generalmente, se reunían para adorar en casas, subsuelos y galpones. Pero, entre quince y veinte miembros parecía ser el número mágico, antes de que se considerara que el grupo fuera demasiado grande. Los lugares donde se reunían eran demasiado pequeños para contener a mayor cantidad de personas. Y, además, a todos les gustaba la sensación de familia próxima que sentían al formar parte de un grupo de cristianos adventistas del séptimo día.

Nickolai se apoyó contra la fría pared de su celda y cerró los ojos. La paz que sentía al adorar con creyentes como él era pago más que suficiente por el dolor y las penurias que había afrontado durante los últimos meses. No era fácil, pero se estaba acostumbrando. La KGB ya lo había

acorralado cinco veces, tratando de extraerle información acerca de los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día que se reunían en grupos dispersos en los pueblos y las aldeas de la región. Dos veces habían ido a su casa, y tres veces lo habían confrontado públicamente para humillarlo y tratar de hacerlo hablar.

La KGB necesitaba esa lista crucial de miembros de iglesia. Sin ella, todo era una operación de ensayo y error para ellos, como encontrar agujas entre la paja de una parva.

Afortunadamente para Nickolai, la KGB de la región en la que vivía era lo suficientemente decente como para no involucrar a su familia. Otros pastores en Rusia no habían tenido tanta suerte. Nickolai había oído historias terribles de lo que la KGB, en ocasiones, hacía con la intención de hacer hablar a los pastores.

No obstante, Nickolai se había mantenido firme y decidido, en su promesa de dejar todo en las manos de Dios. Su fe era firme. No traicionaría a los miembros de su iglesia ni su confianza, sin importar cuál fuera el costo para él o para su familia.

Pero, esta vez el interrogatorio era diferente; era obvio que la KGB tenía en mente otra cosa para él. Cuando llegó al centro de operaciones de la KGB, lo habían sentado en una silla y lo habían mantenido despierto durante dos días. Habían usado las conocidas luces brillantes frente a los ojos; habían usado la técnica de los gritos; y hasta amenazas de adónde lo enviarían, para ayudar a corregirlo. Pero, todo había sido inútil. Nickolai había permanecido impávido e inconmovible. Sus tácticas no lo intimidaban. Lamentablemente, la KGB era más que persistente. ¡Tenían determinación! Solamente se podía adivinar lo que pasaría

a continuación; aunque Nickolai sentía que no hacía falta ser un genio para captarlo.

Él era considerado enemigo del Estado. Los cristianos estaban en los primeros lugares de la lista de rebeldes que necesitaban ser reformados y remodelados para la sociedad. Si se los castigaba lo suficiente, quizá finalmente “verían la luz”; esas eran las palabras que utilizaban desde el de más arriba hasta el de más abajo. Pero, Nickolai pensaba que pocos de los que estaban en los rangos superiores del Ejército se molestaban en mostrar interés por lo que pasaba *realmente* con pastores como él. En tanto los métodos de la KGB produjeran resultados, poco les importaban los “detalles”.

Nickolai se preguntaba qué hora sería. No tenía reloj, y las escasas comidas que le traían eran la única indicación del tiempo que pasaba; aunque estaba seguro de que había pasado ya varios días en esa celda. Para Nickolai, el tiempo parecía haberse detenido.

De pronto, oyó el sonido de pasos que se acercaban por el largo pasillo de concreto. Los pasos se detuvieron frente a su celda, y oyó el ruido de una mano al tratar de meter la llave en la cerradura.

-¡De pie! -ordenó una voz.

Nickolai se puso de pie rápidamente, a tiempo para ver una figura grande y fornida que llenó la puerta. Una sola lamparita de cuarenta watts iluminaba el pasillo, y arrojaba sombras inquietantes más allá de la fornida figura. Nickolai supuso que el hombre era uno de los guardias que le había estado trayendo la comida desde que había llegado.

-El jefe quiere verte!

Nickolai esperó a que el guardia le diera alguna orden más específica, pero el hombre grande simplemente tiró de él hasta sacarlo al pasillo, y lo empujó en la dirección que quería que fuera.

Subieron por unas escaleras de cemento, y luego caminaron por otro pasillo hasta que llegaron a una sala grande, con un gran escritorio y dos sillas de respaldo recto. Aparte de eso, la única otra cosa que había en la habitación era una lamparita que alumbraba débilmente desde muy arriba, en el cielorraso.

Detrás del escritorio, estaba sentado un oficial que intimidaba en un uniforme verde grisáceo, con una carpeta de cartulina abierta, sobre el escritorio, delante de él. Ni siquiera se molestó en levantar la vista cuando Nickolai entró, sino que continuó con la mirada fija, sobre anteojos con marco de carey, en el contenido de la carpeta. Sobre el escritorio, había también un vaso de licor y una botella de vodka, y un cigarrillo largo pendía de su boca.

Nickolai se quedó parado. No se atrevía a sentarse en la otra silla. Sin duda, lo que vendría era mejor recibirla de pie.

-¡Predicador! -el oficial escupió la expresión que había estado usando con Nickolai durante los últimos días-. ¿Ha pensado más en mi propuesta?

El oficial no miró a Nickolai a los ojos, y Nickolai se sintió agradecido por ello: el contacto visual era un código de intimidación de la KGB. Si un prisionero respondía a ese gesto haciendo contacto visual, se entendía que la víctima estaba lista para llegar finalmente a algún tipo de acuerdo. Y, para Nickolai, eso era imposible: él sabía que nunca llegaría a un acuerdo, en los términos de la KGB, de revelar

la lista de los miembros de iglesia de su distrito. ¡Jamás! ¡Nunca, ni en un millón de años!

Pero, el oficial estaba esperando. Y Nickolai sabía que no podía hacer otra cosa, excepto decirle al “Jefe” exactamente lo que le había respondido antes. Había tomado una decisión: no cedería; no habría “trato”. Para él, no había otra opción, y sabía que el oficial pronto se impacientaría por esa razón.

-Lo lamento, señor, pero no puedo acceder. Mi Dios y mi conciencia no me lo permiten.

El oficial alejó la carpeta de sí y cruzó los brazos sobre el pecho. Nickolai tenía los ojos fijos en la pared detrás de la cabeza del oficial; pero, se daba cuenta de que el hombre lo miraba fijamente por encima de sus anteojos, y eso lo ponía nervioso.

Capítulo 2

-¿Eso es todo lo que tiene para decir en su defensa? - gruñó el oficial de la KGB.

Nickolai vaciló solamente un momento.

-¡Señor! Esa es mi decisión final.

El oficial sacudió la cabeza.

-Habla en serio, ¿no es cierto?

Se quitó el cigarrillo de la boca y le dio unos golpecitos, que hicieron caer un montón de cenizas al piso.

-Sí, señor.

-Es un hombre testarudo.

El oficial sacudió la cabeza nuevamente y suspiró, con frustración.

-Hemos usado todos los métodos habituales y todas las maneras diplomáticas que conocemos.

Volvió a ponerse el cigarrillo en la boca, y aspiró profundamente.

-Ojalá estuviera de nuestro lado, predicador. Eso haría mi trabajo mucho más sencillo.

Predicador. Nickolai se animó a sonreír, ante el sobrenombr que el oficial le había dado. Y ¿*diplomacia*? Su manera de interrogar no tenía nada de diplomática. Las

víctimas de la KGB tenían opciones, sí, eso era cierto, pero eran muy unilaterales. Uno podía permitir que lo persuadieran y acceder, o afrontar las consecuencias.

El oficial terminó su cigarrillo y se sirvió otro trago de vodka. Sorprendentemente, extendió el vaso en dirección a Nickolai, pero Nickolai declinó beber con un simple:

-Gracias, señor, pero no bebo.

El oficial refunfuñó y dejó el vaso sobre la mesa con fuerza, derramando la mitad del vodka sobre la carpeta que tenía frente a él. Su humor había cambiado rápidamente, de cálido a amargo.

-Bueno, veo que no estamos yendo hacia ninguna parte, predicador. ¡Tengo cosas más importantes que hacer que perder mi tiempo aquí, con usted! -dijo, levantando la voz-. ¡Pareciera que le estoy hablando a una pared, por todo el bien que está haciendo esta conversación!

-¡Lo hemos mantenido despierto martillando contra usted continuamente, pero usted no se quiebra! ¡Le hemos ofrecido sobornos y cargos en nuestra organización! ¡Hemos estado dispuestos a levantar algunas de las restricciones que le pusimos en los encuentros anteriores, pero usted siempre nos da la misma respuesta! ¡Es obvio que no nos va a dar ninguna ayuda!

El oficial levantó su mano, para sacudir su dedo frente a Nickolai.

-¡Estoy cansado de estas tonterías! Esperábamos poder hablar con usted y buscarle la vuelta a toda esta situación, pero ya veo que está más terco que nunca.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su uniforme, y lo usó para limpiar el vodka derramado, antes de cerrar la carpeta.

-Su caso queda fuera de mis manos. Mis superiores esperan resultados, y si no los puedo conseguir, entonces tendrá que pagar el precio.

Su voz se calmó nuevamente.

-Usted me agrada, Nickolai. Pero si no podemos llegar a un acuerdo, no hay nada que yo pueda hacer para salvarlo.

Era la primera vez que usaba su nombre, desde que Nickolai había llegado a la prisión cinco días antes.

-Me han dado instrucciones de que le informe que usted ha sido sentenciado a trabajar en un campo de prisioneros en Siberia. A menos que esté listo a responder a nuestras preguntas, no hay nada más que yo pueda hacer.

Para sorpresa de Nickolai, el oficial se puso de pie y le extendió la mano.

-Buena suerte, predicador. ¡Que su Dios lo acompañe!

Hizo un gesto hacia la puerta, hizo una señal al guardia, y luego se sentó una vez más, para completar sus papeles.

Mientras Nickolai se daba vuelta para irse, le pareció advertir una mirada de compasión en los ojos del oficial de la KGB; pero sabía que debía de estar equivocado. Los oficiales de la KGB eran conocidos por su corazón duro, y por su inquebrantable determinación a extraer información de sus víctimas.

Nickolai fue llevado de regreso a su celda. Mientras la puerta se cerraba detrás de él, comenzó a pensar en su

situación. Las cosas no pintaban bien. No había dudas de que había tomado la decisión correcta; pero ¿a qué costo? No tenía idea del tiempo que había sido sentenciado a pasar en los fríos páramos de Siberia. ¿Años? ¿Décadas? ¿Hasta su muerte?

Se atemorizaba al pensar en la temida sentencia que tanto aterraba a cualquier prisionero: ser desterrado a la frontera siberiana. Las temperaturas de Siberia durante el verano podían ser frescas y húmedas, con enjambres de moscas negras y enormes mosquitos sedientos de sangre por todas partes. Y sin pueblos ni asentamientos en esa vasta estepa, había oído decir que era imposible escapar de allí. Había pocas posibilidades de supervivencia, si un prisionero intentaba siquiera huir.

Pero, lo que más temía un prisionero era los inviernos en Siberia. Las temperaturas podían descender hasta más de 50 grados bajo cero; y con el viento cortante que recorría su camino por esa tierra, las condiciones de vida eran impensables.

Nickolai comenzó a tiritar en su celda, de solo pensar en lo que le esperaba en el futuro. Todavía había tiempo para volver a pensarlo todo; había tiempo para cambiar de idea y escapar de la suerte que lo esperaba.

Pero, por supuesto, Nickolai sabía que nunca haría eso. No podía hacerlo. Iba contra todo aquello en lo que creía y que había defendido durante toda su vida. Lo más importante ahora era su fidelidad al mayor Poder presente en su vida. La KGB rusa podía quitarle el púlpito; podían quitarle su libertad y hasta su salud. Pero, nunca podrían quitarle su elección de servir a Dios y ser fiel a él.

Y ahora, por recomendación de la policía secreta, el Gobierno comunista iba a exiliarlo en una prisión de frontera en Siberia. Era un precio alto que pagar. Pero Nickolai no tenía dudas, en su mente, de que Dios estaría con él.

No abandonaría su decisión de proteger los nombres de los miembros de sus iglesias. Seguiría hablando de Dios, sin importar dónde viviera. Él testificaría de Dios sin importar el costo.

Y ¿quién sabe? Quizás el Espíritu Santo podría utilizarlo para hacer mayores cosas por Dios de lo que había hecho hasta el momento. El tiempo lo diría.

Capítulo 3

Nickolai despertó sobresaltado, al sentir que el ingeniero aplicaba los frenos de aire a la hilera de vagones del tren. El sol todavía no había salido, pero algunos rayos color magenta asomaban por el horizonte, mientras Nickolai miraba somnoliento por la ventanilla del tren. Tan solo unas pocas horas antes, el suave vaivén del tren lo había arrullado en un sueño intermitente. Esposado al asiento, había sido difícil estirarse hacia una posición cómoda.

Se sentó rígidamente, y notó que la mayoría de los demás pasajeros todavía dormía. Algunos se habían estirado sobre los camarotes superiores; otros, a lo largo de los asientos inferiores, igual que él; mientras había quienes se habían desparramado sobre el piso en los pasillos.

La tarde anterior, dos soldados habían abordado el tren con Nickolai y otros dos prisioneros, en dirección a la ciudad de Omsk. Sabían pocos detalles acerca del viaje, excepto que finalmente terminarían en un campo de prisioneros en Siberia.

Nickolai trató de permanecer con una actitud positiva, a pesar del ambiente incómodo, que incluía estar esposado todo el tiempo, excepto cuando necesitaba usar el baño; pero hasta en esos momentos, un guardia vigilaba del otro lado de la puerta. No era mucho, pero Nickolai estaba agradecido por la pequeña bolsa de pan y la lata de agua que los presos recibían todos los días. Las raciones eran escasas, pero mientras el tren avanzaba hacia el este, la mente de Nickolai volvía al conocido versículo de la Escritura: “Se le dará su pan, y sus aguas serán seguras”

(Isa. 33:16). Las palabras del texto lo consolaban, cuando pensaba en el cumplimiento literal de esa promesa.

El viaje era tedioso, pero Nickolai sabía que aun en este tren debía estar listo para hablar de Dios y testificar de su fe. En algún momento de la primera mañana en el tren, Nickolai comenzó a conversar con un hombre de mediana edad, sentado junto a él. El rostro del hombre se veía cansado y demacrado, aun después del descanso de la noche. Cuando Nickolai expresó su interés y preocupación, el hombre se presentó como Yuri, y le contó que estaba volviendo a su hogar en el pequeño pueblo de Krasnodon. Él trabajaba en la ciudad de Kharkov, pero su esposa y sus hijos vivían en Krasnodon y se ocupaban de las huertas en la dacha de la familia. Era difícil para todos estar separados todo el tiempo; pero, como la mayoría de las familias en Ucrania, era la única manera de poder mantenerse económicamente.

Yuri había recibido hacia poco una carta de su familia, diciéndole que su esposa estaba enferma y que tomara el siguiente tren a Krasnodon.

-Tiene hemorragias, generalmente de la nariz -le contó Yuri-. Los médicos han hecho todo lo que podían, pero la situación no es buena. Una vez, el año pasado, sangró tanto que tuvo que quedarse en cama más de una semana, para recuperar sus fuerzas.

Hizo una pausa, y luego continuó diciendo:

-Su estado nuevamente es muy grave, y no sabemos qué es lo que le produce las hemorragias ni cómo detenerlas. Tengo miedo de perderla, y eso me asusta más que cualquier otra cosa que haya tenido que enfrentar en mi vida.

La voz del hombre se volvió sombría.

-A ella la atemoriza mucho, también -agregó, mientras Nickolai pudo ver el temor escrito en su rostro-. La muerte es un lugar oscuro; nadie sabe qué le pasa a una persona cuando muere.

Nickolai escuchó al hombre, y observó una desesperada necesidad en sus ojos. Se daba cuenta de que este hombre necesitaba consuelo. Si podía darle aunque fuera un rayo de esperanza, sabía que eso lo ayudaría.

Así que, Nickolai comenzó a contarle historias de Jesús y del poder sanador que puede traer Dios a una vida. Explicó a Yuri que no necesitaba preocuparse por la muerte, porque el Creador de la vida la había conquistado. Jesús, el Hijo de Dios, había muerto por los pecados del mundo, y luego resucitó de los muertos. Él está en el cielo ahora, y tiene el poder de conceder el regalo de la vida eterna a todos los que lo acepten.

-¿Eres sacerdote? -preguntó Yuri de repente-. Hablas de Dios como si lo conocieras bien; y hablas del futuro como si ya lo hubieras visto.

Nickolai sonrió cálidamente.

-Soy pastor -admitió-, y amo mucho a Dios. Y, en cuanto al futuro, tengo un libro maravilloso que me dice qué esperar, de manera que pueda estar preparado para ello cuando venga.

-Me gustaría que pudieras venir a mi pueblo -dijo Yuri-. A mi esposa le gustaría mucho conocerte; estoy seguro. Quizá puedas ayudarla con su enfermedad.

Fue en ese momento que Nickolai compartió con Yuri y el resto de los pasajeros la razón por la que estaba en ese tren, como prisionero. Les habló de sus iglesias y de cuánto amaban todos a Jesús. Les contó de su negativa a entregar a la KGB la lista de todos sus miembros.

Nadie decía nada, mientras Nickolai contaba su historia. Por las miradas en sus rostros, se daba cuenta de que muchos de los pasajeros simpatizaban con él en su situación, y por la injusticia de su sentencia. Por supuesto, nadie se animaba a expresar sus verdaderos sentimientos, por temor a ser acusados de simpatizantes y terminar en un campo de prisioneros, igual que Nickolai.

Yuri inclinó la cabeza, abatido, cuando entendió que Nickolai no podría ir hasta su casa a orar por su esposa, como hubiese deseado. Sin embargo, sus siguientes palabras sorprendieron hasta a Nickolai.

-¿Estarías dispuesto a orar por mi esposa en este momento? -preguntó.

Los ojos de Nickolai se llenaron de lágrimas, al ser testigo de la medida de fe que Yuri había alcanzado en los pocos minutos durante los cuales habían estado conversando.

El vagón quedó en silencio, mientras Nickolai inclinaba la cabeza y oraba por la esposa enferma de Yuri, y por sus hijos. Parecía como si el Cielo se hubiese acercado, y el Espíritu de Dios se encontrara allí.

Cuando Nickolai terminó de orar, notó que los demás pasajeros tenían miradas solemnes. Era como si entendieran el dolor de Yuri; pero, también parecía que la oración de Nickolai los había conmovido personalmente.

Cuando el tren se acercó a Krasnodon más tarde ese día, Yuri agradeció a Nickolai por la oración que había ofrecido en favor de su esposa y de su familia. Y expresó su decepción porque nunca más lo volvería a ver.

-Anímate -desafió Nickolai a Yuri-. Un día, nos encontraremos nuevamente, en el cielo.

Con este anuncio, varios de los pasajeros comenzaron a prestar atención nuevamente, y algunos fueron a sentarse cerca de donde Nickolai y Yuri conversaban.

-Porque Jesús nos ama tanto, nos dejó algunas palabras especiales. Él no quiere que nos desanimemos, mientras esperamos que venga para llevarnos a su hogar.

-“No se turbe vuestro corazón” -comenzó diciendo Nickolai-, “ustedes creen en Dios, crean también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. Si no fuera así, yo os lo hubiera dicho. Voy a preparar un lugar para ustedes, y si me fuere a preparar un lugar para ustedes, vendré otra vez y los recibiré a mí mismo, para que donde yo estoy, ustedes también estén”.

Mientras el tren se detenía en la estación, Nickolai oró una vez más por la esposa y por los hijos de Yuri, y luego por cada persona presente en ese pequeño círculo sobre el tren. Y, nuevamente, Nickolai suplicó que el Médico maestro hiciera por la esposa de Yuri lo que los médicos no podían hacer. Nuevamente, sintió al Espíritu Santo allí. Fue una experiencia inspiradora y formidable.

Había muchas lágrimas en los rostros cuando Nickolai terminó su oración, y muchos abrazos y apretones de mano. Era como si Nickolai fuera un apóstol cristiano, que se despedía de sus miembros fieles en uno de sus viajes misioneros alrededor del mundo.

Capítulo 4

Durante los siguientes días en el tren, Nickolai acercó a muchas personas más a Dios. Varios entregaron sus corazones a Jesús y llegaron a ser cristianos. Nickolai no podía bautizarlos, pero los animó a buscar un pastor adventista y pedirle que lo hiciera.

Luego de que el tren estuvo viajando hacia el este durante varios días, finalmente llegaron cerca de la ciudad de Omsk. Nickolai había oído que los prisioneros serían transferidos a otro tren en Omsk, pero esa fue toda la información que pudo conseguir. Nadie le había dicho todavía cuán lejos viajarían o cuánto tiempo les tomaría el viaje completo. A juzgar por la distancia hasta el puerto en el Mar del Norte y por la velocidad del tren, que avanzaba tan lentamente, Nickolai pensó que el viaje les llevaría, por lo menos, diez días.

Cerca de la puesta de sol del sexto día, el tren llegó a Omsk, una ciudad conocida por su industria y por su producción de petróleo. En menos de una hora, Nickolai y los otros prisioneros fueron transferidos a un tren que se dirigía hacia el norte. Cuando oscureció, el tren ya avanzaba a través de las planicies hacia el Mar del Norte, y Nickolai se había acomodado nuevamente para el resto del viaje.

En este tramo del viaje, casi no había otros pasajeros, porque viajaban en un tren de carga. De hecho, aparte de los tres prisioneros y los dos soldados que los vigilaban, las únicas otras personas sobre el tren eran el ingeniero, el fogonero y una media docena de otros trabajadores que ocuparon sus lugares cerca del final de la formación.

Nickolai y sus dos compañeros presos estaban encerrados en el vagón de la correspondencia. Les habían colocado pesados grilletes en las piernas, así como en las muñecas, para que no pudieran escapar. Nickolai sonrió para sí mismo, mientras miraba por la ventana del vagón del correo y observaba el paisaje que pasaba lentamente. Aun si pudiera escapar en este páramo, ¿adónde iría?

Mientras el tren avanzaba hacia el norte, el terreno se hizo todavía más plano y salpicado de pantanos llenos de musgo. Ya no se veían árboles, en ese desolado terreno.

Durante tres largos días, el tren avanzó lentamente hacia el norte, a través de una tundra infestada de mosquitos, rodeando pequeños lagos cenagosos. Pero, solamente una o dos veces Nickolai vio siquiera una pequeña aldea. Alcanzó a espiar a algunas manadas de renos, y de vez en cuando unos pocos cazadores que las seguían. Nickolai se preguntaba cómo sería estar en la tundra abierta. ¿Tendría libertad, en la prisión, para ir y venir como quisiera, o lo tendrían encerrado la mayor parte del tiempo? Era en esos momentos cuando Nickolai cuestionaba las decisiones que había tomado las semanas anteriores.

No obstante, luego recordaba su misión. Era un pastor para Dios, y un evangelista para el mundo. Si Dios lo necesitaba en Kiev, entonces allí predicaría de Dios. Si Dios lo quería en un tren llevando esperanza y la luz de la salvación a los desanimados, entonces esa era su tarea. Y si Dios lo quería en un campo de prisioneros en Siberia, iría allá.

Este tipo de actitud fortalecía la fe de Nickolai, y le daba valor para enfrentar lo que su imaginación le decía que podría venir.

En algún momento de las tempranas horas de la mañana del tercer día, el ingeniero aplicó los frenos. Mientras Nickolai se despertaba, el tren fue frenando hasta que se detuvo por completo. El sol todavía no había salido, pero, bajo el resplandor del amanecer, Nickolai podía ver claramente el paisaje.

No había estación de tren, no había aldea; ni siquiera una casa de barro o un corral para caballos. En el resplandor de la luz de la luna, era obvio que no había nada además de musgo, líquenes y unos matorrales de pastos de la tundra de Siberia occidental. El paisaje parecía más desolado de lo que alguna vez había visto.

El aire estaba húmedo y fresco. Había llegado el mes de junio y, con él, los días más largos en el país del norte. De hecho, estaban tan cerca del norte que nunca se ponía oscuro por la noche. En esa época del año, el sol se ponía alrededor de las 11 de la noche, escondiéndose bajo el horizonte norte, y salía nuevamente alrededor de las 3:30 de la mañana.

Los tres prisioneros bajaron del tren y, con ellos, los dos soldados que los vigilaban. Los soldados arrojaron una media docena de paquetes del vagón de la correspondencia, y se los dieron a los presos, para que los llevaran.

Mientras el tren partía y desaparecía hacia el norte, quitaron los grilletes y las esposas a los prisioneros. No tenía sentido huir. Estaban a miles de kilómetros de sus hogares y a centenares de kilómetros de la estación de tren o de la aldea más cercana.

Andryi, uno de los prisioneros, se enojó.

-¿Tenemos que caminar? -protestó.

-¡Así es! -dijo uno de los guardias, apuntando su rifle a la cara de Andryi-. ¡Aquí se termina el tren para ustedes! ¡El resto del camino es a pie! Y, en caso de que no lo hayas notado -gruñó-, ¡nosotros, los guardias, deberíamos ser los que nos quejamos, no tú! Nosotros también tenemos que caminar, y ni siquiera somos criminales.

Andryi frunció el ceño.

-Bueno, ¿cuán lejos queda? -murmuró.

El otro soldado dio un paso al frente con impaciencia.

-Si caminamos rápido, podremos llegar al campamento tarde esta noche. Y, si yo fuera tú -gruñó-, no pensaría en hacer muchas paradas para descansar. Los lobos de la tundra, aquí, son bastante grandes. Estamos en junio, por lo que quizás no estén demasiado hambrientos, pero no queremos correr riesgos. He visto cómo algunos de esos lobos grandes atacan a un caballo ellos solos.

-¡Muévanse! -gritó el primer guardia, apuntando con su arma hacia el este-. ¡El campo de prisioneros queda en esa dirección! ¡En marcha!

Y, con eso, los hombres comenzaron a caminar en la húmeda oscuridad; sin linternas ni antorchas, solo con la luna en el cielo hacia el sur, el tenue horizonte hacia el norte y las estrellas que todavía brillaban en la mañana temprana.